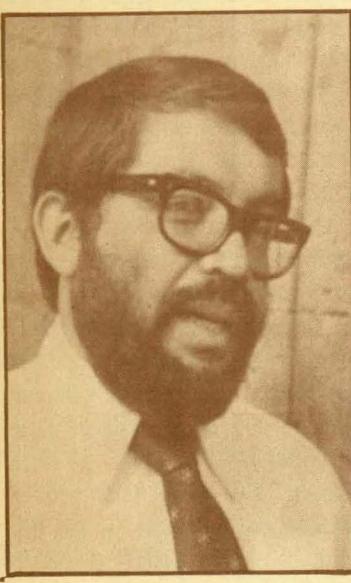


Carter En México

FEB-21-1979

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Está en México el presidente Carter y nadie ignora que su presencia aquí no es resultado de una pura rutina diplomática, sino que concierne a una nueva era de relaciones entre su país y el nuestro.

Cómo se modelen tales relaciones y a cuál de las dos partes beneficien serán circunstancias que empiecen a fabricarse ahora, en vista del creciente interés norteamericano por su vecino del sur.

No está de más que tengamos presente, en esta hora, cuáles han sido el tono y el sentido de la vinculación entre México y los Estados Unidos a lo largo de la historia. La remembranza no es un puro ejercicio retórico, sino parte del instrumental que es preciso utilizar para enfrentar de manera lúcida y exitosa esta nueva época de que hablamos. La dominación norteamericana sobre México, que en no pocas oportunidades adquirió características violentas concretadas en el despojo de la mitad de nuestro territorio, ha ido cobrando caracteres diversos según el tiempo en que se produce, pero no ha dejado nunca de estar vigente.

Nuestra organización política, el modelo económico, buena parte de nuestros patrones culturales tienen la impronta fácilmente reconocible de lo norteamericano. Ello ha propiciado una actitud ambivalente del mexicano medio frente a la potencia norteña: Por un lado, el malinchismo nos gana y tendemos a admirar embobadamente el conjunto de los logros de la civilización norteamericana; pero al mismo tiempo un nacionalismo defensivo nos lleva a advertir el permanente peligro de ser el pequeño vecino de un coloso que ha dado repetidas muestras de su apetito pantagruélico, cuyas mandíbulas pueden cerrarse de nuevo sobre nuestras tierras hasta engullirlas por completo.

Si en el pasado fue el territorio mismo lo que se nos arrebató, y en el tiempo presente es el excedente económico generado por el trabajo de los mexicanos el que va a dar a bolsillos foráneos, lo que se desea de nosotros para los días por venir son los recursos de nuestro subsuelo, petróleo y gas principalmente.

Una diversidad de circunstancias han coincidido en la generación del subrayado interés norteamericano por los energéticos que son nuestros gracias a la decisión patriótica de Cárdenas en 1938. Por un lado, diversas vertientes de la política internacional han disminuido la capacidad norteamericana de obtener el aprovisionamiento de crudo que su industria y su estilo de vida reclaman de manera creciente: por un lado, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), decidió ejercer el poder que todo oligopolio tiene en el mercado y con una agresiva política de precios alteró los tradicionales fundamentos de las transacciones petroleras, en las que el comprador determinaba las condiciones de venta. De otro lado, la inestabilidad política, también creciente, en la zona del Golfo Pérsico y del Medio Oriente en general, que se ha manifestado de modo brutal en los días recientes en Irán, pone en claro que los suministros energéticos de los Estados Unidos pudieran resultar suspendidos, o disminuidos significativamente, en cualquier momento y con una magnitud tal que resultaría insopportable para la economía estadounidense.

De esas y otras circunstancias ha surgido la necesidad norteamericana de encontrar fuentes alternativas de energía o mercados alternos que surtan los recursos actualmente en uso. Coincidentemente con la aparición de estas necesidades se descubren o se hacen públicos los enormes depósitos de petróleo y gas que nuestro país posee y que tiene necesidad de comerciar para poner fin, o al menos paliar, la aguda crisis

que hemos venido padeciendo en esta década, cuando se interrumpió el milagroso proceso de crecimiento que nos profundizó la ingenua creencia de que "como México no hay dos". El cuadro quedó así completo: Si los Estados Unidos necesitan mucho petróleo y gas, y México posee mucho petróleo y gas, es "natural" que lo explotemos conforme lo requiera el interés norteamericano.

Por si acaso surgieran ideas y acciones que en México osaran cuestionar la "naturalidad" de tal esquema de operación, en los Estados Unidos han aparecido diversas formas de presionar a nuestro país para que sin chistar nos convirtamos en proveedores de tales recursos energéticos conforme el comprador lo establezca. Uno de los mecanismos de presión más notablemente utilizados se refiere a los trabajadores migratorios mexicanos en aquel país. Una complicada, poderosa y eficiente maquinaria propagandística ha conseguido, en torno de este asunto, crearnos un intenso sentimiento de culpa. Conforme a él, hemos llegado a decir que los trabajadores migratorios de los Estados Unidos son parte de un fenómeno imputable exclusivamente a México, resultado de una estructura productiva ineficiente e injusta, que no es capaz de absorber la totalidad de la mano de obra disponible. El doble corolario de esta actitud es fácil de comprender: Si México tiene un problema que no puede resolver, los Estados Unidos le hacen un favor empleando personal excedente; y, al mismo tiempo, le recuerdan que ese favor puede cesar en cualquier momento. Esto es, que puede ocurrir una deportación masiva de trabajadores indocumentados que provocarían sobre el aparato productivo mexicano, y sobre su estructura social y política, presiones de tal naturaleza que nuestro país no podría resistirlas. De ese modo los norteamericanos nos perdonan la vida: Para que no se produzca tal explosión, no se practicará la devolución colectiva de nuestros trabajadores, aunque sí se les opondrán barreras, o se les perseguirá, o se deportará periódicamente a un número de ellos para que nadie olvide, ni allá ni aquí, que se trata de una situación precaria.

Es claro que nuestro sistema tiene culpa en la generación del fenómeno de los trabajadores indocumentados. Pero no debe olvidarse que la mano de obra mexicana es una poderosa contribución a la eficiencia de la economía norteamericana, por su baratura. Hay mexicanos en los Estados Unidos porque aquí no podemos darles empleo, sí; pero también porque en los Estados Unidos hacen falta. Se trata de un fenómeno mutuamente beneficioso. Y así debe ser abordado.

Esto nos lleva a la conclusión a la que queremos arribar en estas notas. Se conoce claramente la existencia de un conjunto de actitudes que permiten reconocer una nueva política norteamericana hacia México. No se trata todavía de una política definitiva y que abarque congruentemente los diversos puntos de vista de los intereses que están en juego de aquel país, tanto privados como públicos. Pero hay una base de información muy amplia y profunda que permite fincar esa política. Por lo contrario, no parece que en México estemos en la actitud recíproca. Es decir no parece que dispongamos de la información suficiente para determinar la política mexicana hacia los Estados Unidos. Y es claro que el patriotismo que necesariamente debe ponerse en juego en la negociación de un nuevo trato con el gobierno de Washington resulta una arma mellada si no se la afila con la inteligencia y la información necesarias para negociar.

Un conocimiento preciso de la estructura política norteamericana (que en lo elemental permita reconocer el grado de influencia que el Ejecutivo tiene sobre el Congreso en un momento determinado) y de los intereses económicos del complejo militar-industrial respecto de nuestro país, son precisos para que podamos jugar con éxito las nuevas cartas, cualquiera que sea su naturaleza y su magnitud, que el destino ha puesto en nuestras manos.